





ROBERT LOUIS STEVENSON

# MORAL LAICA

**Traducción:**  
MIGUEL ÁNGEL BERNAT



ACUARELA LIBROS

La reproducción total o parcial, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Primera edición: junio 2002

Título original:  
Lay Morals

© de la traducción:  
Miguel Ángel Bernat

© de la presente edición:  
Ediciones Acuarela  
Apartado de correos 18136  
28080 Madrid  
info@acuarelalibros.com  
www.acuarelalibros.com

Propuesta gráfica: Acacio Puig

Pág. 2: Último retrato de Robert Louis Stevenson, Lady Stair's House Museum, Edimburgo (extraído de: David Doiches: Robert Louis Stevenson and his world, Londres: Thames and Hudson, 1973.

Imprime: Gráficas Minaya, S.A.  
Impreso en España / Printed in Spain  
ISBN: 84-95627-01-9

DEPÓSITO LEGAL:

## MORAL LAICA



## CAPÍTULO I

El problema de la educación es doble: primero conocer, luego expresar. Cualquiera que vive algo semejante a una vida interior, piensa más noble y profundamente que habla; y el mejor de los maestros sólo puede impartir imágenes rotas de la verdad que percibe. El lenguaje que enlaza dos naturalezas, y lo que es peor, dos experiencias, es doblemente relativo. El que habla entierra su significado; es el que escucha el que ha de desenterrarlo; y todo discurso, escrito o hablado, se cifra en una lengua muerta hasta que halla un oyente deseoso y preparado. Más aún, tal es la complejidad de la vida, que cuando en nuestro consejo condescendemos a los detalles, podemos estar seguros de que condescendemos con error; asimismo, la mejor educación consiste en dejar caer algunas pistas magnánimas. Ningún hombre ha sido nunca tan pobre que pudiera expresar todo lo que lleva dentro de sí por medio de palabras, miradas o actos; su verdadero conocimiento es eternamente incomunicable, porque es un conocimiento de sí mismo; y su más alta sabiduría viene a él no por una elaboración de la mente, sino por una orientación suprema de su yo, que en sus dictados permanece cambiante de hora en hora, en consonancia con la variación de acontecimientos y circunstancias.

Unos pocos hombres de escogida naturaleza, llenos de fe, coraje e indiferencia hacia los demás, intentan aplicadamente exponer tanto como pueden entender de esta ley interior; pero la vasta mayoría, al aconsejar a los jóvenes, ha de contentarse con repetir ciertas doctrinas que ya les fueron repetidas en su propia juventud. Cada generación tiene que educar

a otra que ha subido al escenario. Gente que alegremente acepta la responsabilidad de la paternidad, teniendo asuntos muy diferentes bajo su juicio, quizá puedan sentirse pesarosos cuando esa responsabilidad llame a su puerta. ¿Qué dirán al hijo sobre la vida y la conducta, temas sobre los cuales ellos mismos tienen tan pocas y confusas opiniones? Ciertamente, no lo sé; cuanto menos se diga tal vez antes se salga del paso; y, sin embargo, el hijo continúa preguntando, y el padre debe encontrar algunas palabras que decir en su propia defensa. ¿Dónde las hallará?, y ¿cuáles serán cuando las encuentre?

Por experiencia y en novecientos noventa y nueve casos entre mil, imbuirá a su boquiabierto renacuajo de tres malas cosas: el terror a la opinión pública, y manando de él como de una fuente, el deseo de riqueza y aplauso. Aparte de éstas, o de lo que podría deducirse como corolarios de éstas, no le enseñará mucho más de valor real alguno: algunas vagas nociones de teología tal vez, cómo llevar las cuentas de un negocio, y cómo arreglárselas en un baile de quadrille.

Pero tal vez me digas que a los jóvenes se les enseña a ser cristianos. Quizá sea falta de penetración, pero aún no he sido capaz de percibirlo. Honestamente, sea lo que sea lo que enseñamos, bueno o malo, no es la doctrina de Cristo. Lo que él enseñó (y en esto actúa como todos los demás maestros merecedores de tal nombre) no fue un código de normas, sino un espíritu prevalecedor; no verdades, sino un sentido de la verdad; no puntos de vista, sino una visión. Lo que nos mostró fue una actitud de la mente. Cada hombre permanece en cierta relación respecto a las muchas consideraciones sobre las que se construye la conducta. Toma la vida bajo cierta directriz. Posee una brújula en su espíritu que señala en deter-



minada dirección. Es la actitud, la relación, el punto en la brújula, lo que constituye la nave central y la médula de lo que ha de enseñarnos; desde aquí se pueden comprender los detalles; de aquí brotan los preceptos específicos, y es solamente desde aquí desde donde pueden ser explicados y aplicados. Y así, para aprender bien de cualquier maestro, debemos ante todo, como un artista real, infundirnos de su actitud y, para decirlo apropiadamente, hacer que surja su carácter. Un historiador confrontado con algún político ambiguo o un actor al que se le encomienda un papel tienen una sola preocupación: deben investigar en torno y en todo lugar y tantear en busca de alguna concepción central que explique y justifique hasta los más someros detalles; hasta que sea encontrada, el político será un enigma, o tal vez un fraude, y el papel un trozo de sentimiento hueco y vanas palabras; mas una vez hallada, todo encaja en un plan, una naturaleza humana aparece, el político o el rey en escena son entendidos punto por punto, de principio a fin. Ésta es una clase de tarea que será jovialmente aceptada por un artista muy humilde; pero ni siquiera el terror al fuego eterno inducirá a un hombre de negocios a someter su imaginación a tales atléticos esfuerzos. Y, sin embargo, sin ellos, todo es vano; hasta que no entendamos el conjunto, no entenderemos ninguna de las partes; y si no, no tenemos más que imágenes rotas y palabras dispersas; el sentido permanece enterrado y el lenguaje en el que nuestro profeta nos habla es una lengua muerta en nuestros oídos.

Tomad algunas de las palabras de Cristo y comparadlas con nuestras doctrinas actuales.

“No podéis”, dice, “servir a Dios y al Dinero.” ¿No podemos? ¡Y todo nuestro sistema nos enseña cómo podemos!

“Los hijos de este mundo son más sabios a los ojos de su generación que los hijos de la luz.” ¿Lo son? Se me había hecho entender lo contrario: que el mercader cristiano, por ejemplo, prosperaba magníficamente en sus negocios; que la honestidad era la mejor conducta a seguir; que un autor de renombre había escrito un concluyente tratado: “Cómo sacar lo mejor de ambos mundos”. ¡De ambos mundos ciertamente! ¿A quién entonces he de creer –a Cristo o al autor de renombre?

“No os preocupéis del mañana.” Pregunta al comerciante de éxito, interroga tu propio corazón y tendrás que admitir que ésta es una postura no sólo tonta sino también inmoral. Todo lo que creemos, todo lo que esperamos, todo lo que honramos en nosotros mismos o en nuestros contemporáneos, queda condenado en esta sola frase, o si tomas el otro lado, condena la frase como insensible e inhumana. No somos entonces “del mismo espíritu que moraba en Cristo”. Estamos en desacuerdo con él. O bien lo que dijo Cristo no significaba nada, o si no, él o nosotros debemos estar equivocados. Bien dice Thoreau, hablando de algunos textos del Nuevo Testamento y encontrando un extraño eco de otro estilo que quizá el lector reconozca: “Dejad que una sola de estas frases sea apropiadamente leída desde cualquier púlpito de la tierra y de ese lugar de reunión no quedará piedra sobre piedra”.

Se puede objetar que éstos son los llamados “principios difíciles”, y que un hombre, o una educación, pueden muy bien ser suficientemente cristianos aun dejando de lado algunas de estas pa-labras. Pero ésta es una ilusión muy grande. Aunque la verdad es difícil de cifrar, es a la vez fácil y agrad-

able de recibir, y la mente corre a su encuentro antes de que la frase haya terminado. El universo, con relación a lo que cualquier hombre puede decir sobre él, es simple, patente y sorprendentemente comprensible. En sí mis-mo, es un gran océano con dolores de parto, de profundidad des-conocida, no navegable, un misterio eterno para el hombre. O di-gamos que es una gigantesca montaña impenetrable, una cara de la cual, y unas pocas laderas cercanas y colinas a sus pies, podemos vagamente estudiar con estos ojos mortales. Mas lo que cualquier hombre puede decir de ella, incluso en su más alta expresión, ha de tener relación con esta pequeña y clara esquina, tan visible para él como para nosotros. Estamos considerando el mismo mapa, sería raro que no pudiésemos seguir la demostración. El vuelo más largo y recóndito de un filósofo se hace luminoso y fácil cuando, en el resplandor de un momento, percibimos de improviso el aspecto y dirección de su propósito. El argumento más enrevesado no es sino un dedo que señala; basta con que pongamos nuestro dedo paralelo al suyo y veremos a qué se refería, ya fuese una nueva estrella o una vieja farola. Brevemente, si un principio es difícil de comprender, es porque estamos pensando en algo diferente.

Pero ser un discípulo verdadero es pensar en las mismas cosas que nuestro profeta, y pensar de su misma manera sobre cosas diferentes. Ser del mismo espíritu que otro es ver todas las cosas bajo la misma perspectiva; no es estar de acuerdo sobre unos pocos asuntos indiferentes al alcance de la mano y no muy debatidos; es seguirle en sus vuelos más lejanos, entender la importancia de sus hipérboles, estar tan en el centro de su visión que, sea lo que sea lo que exprese, tus ojos lleguen de inmediato a su esencia; que cualquier cosa que

declare, tu mente la reconozca sin dificultad. No perteneces a la escuela de ningún filósofo por estar de acuerdo con él en que, por regla general, robar sea objetable o porque a mediodía tengáis al sol sobre vuestras cabezas. Son los principios difíciles los que prueban a un discípulo. Todos estamos de acuerdo sobre las medianas e indiferentes partes del conocimiento y la buena conducta; incluso los espíritus más audaces los aceptan dócilmente demasiado a menudo. Pero el hombre, el filósofo o el moralista, no reposa sobre estas adhesiones oportunistas; y el propósito de cualquier sistema señala hacia esos puntos extremos donde pisa valientemente más allá de la tradición y regresa con algún callado indicio de secretos lejanos. Sólo entonces puedes estar seguro de que las palabras no son de uso corriente, ni meros ecos del pasado; sólo entonces tendrás la certeza de que si está señalando a algo en absoluto, se trata de una estrella y no de una farola; únicamente ahora tocas el corazón del misterio, porque fue para esto por lo que el escritor escribió su libro.

De vez en cuando, y en realidad sorprendentemente a menudo, Cristo halla una palabra que trasciende toda moralidad común; de vez en cuando deja el camino trillado para aventurarse en lo inexpresado y lanzar una magnánima hipóbole preñada de sentido; porque sólo por una valiente poesía del pensamiento, los hombres pueden ser afinados por encima del nivel de concepciones cotidianas para llegar a una vista más amplia sobre la experiencia o aceptar un principio de conducta más alto. Para un hombre que es del mismo espíritu que Cristo, que se encuentra en un centro no muy alejado del suyo, y contempla el mundo y la conducta con una actitud no muy distinta o, por lo menos, no opuesta –o brevemente, para un hombre que es de la filosofía de Cristo– cada

una de tales palabras debería llegar con un vibrar de alegría y corroboración. Debería sentir cada una de ellas bajo sus pies como otros tantos seguros apoyos en el fluir del tiempo y las circunstancias; cada una habría de ser otra prueba de que en el torrente de los años y las generaciones, donde las doctrinas y grandes ejércitos e imperios son barridos y tragados, él permanecerá inamovible, al lado de las estrellas eternas. Pero ¡ay!, en esta encrucijada de los tiempos no pasa así con nosotros; en todas y cada una de tales ocasiones la comunidad cristiana entera se echa atrás con desaprobadora sorpresa e implícitamente rechaza las palabras. ¡Cristianos! La farsa es vergonzosamente amplia. La ética que apoyamos es la de Benjamin Franklin. “La honestidad es la mejor conducta” tal vez sea un lema difícil. Es ciertamente uno por el que un hombre prudente de nues-tros días dirigirá sus pasos sin demasiadas inquisiciones; pero creo que revela un destello de sentido incluso a las más oscurecidas de nuestras inteligencias; creo percibir un principio tras él; pienso, sin exageración, que somos del mismo espíritu que Benjamin Fran-klín.









## CAPÍTULO II

Pero se me dirá que enseñamos los diez mandamientos, donde un mundo de normas de conducta yace condensado, la misma médula y epítome de toda ética y religión; y un joven con estos preceptos grabados en su mente buscará su provecho con algo de conciencia y cristianismo en sus métodos. Un hombre no se podrá desencaminar mucho si no deshonra a sus padres, ni mata, ni comete adulterio, ni roba o levanta falso testimonio; porque estas cosas, justamente consideradas, cubren un amplio campo del deber.

Ay, ¿qué es un precepto? Es como mucho una ilustración. Es ley rígida, encastillada, en el mejor de los casos, lo que puede ser aprendido por medio de un precepto. La letra no sólo está muerta sino que mata; únicamente el espíritu que subyace y no puede ser expresado es verdadero y sirve de ayuda. Esto es un lugar común hasta la saciedad, pero la familiaridad tiene un astuto desencanto; en un día o dos puede robar a las cimas de las montañas toda su belleza, y las palabras más sorprendentes pueden empezar a caer muertas en nuestros oídos después de varias repeticiones. Si ves una cosa muy a menudo, ya no la ves; si oyes algo muchas veces, ya no lo oyes. Nuestra atención requiere ser sorprendida, y tomar un fuerte al asalto o ganarse una audiencia reflexiva de entre el común de los mortales son proezas de pareja dificultad y han de ser acometidas por medios no muy diferentes. La Biblia entera ha perdido así su mensaje para los que de ordinario la escuchan; se ha convertido en meras palabras que se dan por sabidas, y el párroco podrá regañarles hasta la extenuación y golpear el púlpito como un poseso, que sus feligreses continuarán asin-

tiendo; están extrañamente en paz, saben todo lo que va a decir. Toca la vieja campana tanto como quieras, sigue siendo la vieja campana y nada podrá alterar su compostura. Y también así con este ejemplo sobre la letra y el espíritu. Es bastante cierto, sin duda; pero no tiene ningún sentido para ninguno de nosotros. Ay, tiene sólo este sentido, ni más ni menos: que mientras el espíritu es verdadero, la letra es eternamente falsa.

La sombra de un gran roble se extiende inmensa sobre el suelo a mediodía, perfecta, clara, estable como la tierra. Pero que un hombre se disponga a marcar sus límites con cuerdas y estacas, y aunque nunca haya sido tan preciso y exacto, con la multiplicidad de las hojas y la progresión de la sombra sustrayéndose al variable sol, mucho antes de que haya completado el circuito, la figura entera habrá cambiado. La vida puede ser comparada, no a un solo árbol, sino a un gran y complicado bosque. La circunstancia es más rápida y mudable que una sombra, el lenguaje mucho más inexacto que las heramientas de un agrimensor; día a día los árboles caen y se renuevan, las mismas esencias pasan rápido mientras miramos y el universo entero de las hojas se estremece huracanado entre los vientos del tiempo. Busca ahora tus sombras. Oh hombre de fórmulas, ¿es éste un lugar para ti?, ¿has ajustado el espíritu a un solo caso? Ay, en el ciclo de los tiempos, ¿cuándo otro semejante será propuesto al juicio del hombre? Ahora, cuando el sol brilla y los vientos soplan, el bosque está lleno de innumerable multitud de sombras, tumultuosamente zarandeadas y cambiantes, y a cada embate el tapiz entero se precipita y se hace nuevo. ¿Podéis tú o tu corazón decir más?

Mira ahora atrás, por un momento, hacia tu propia y breve

experiencia de la vida; y aunque la vivieras intensamente en tu propia persona y tuvieses cada paso de tu conducta grabado en tu memoria con el hierro del dolor y la alegría, dime qué lección clara pasa la memoria de la juventud a la madurez, o de ambas a la edad última. El tenor predominante que primero llama la atención es la sombra de un sueño. Esto ha desaparecido, aquello nunca fue realmente y tú mismo has cambiado más allá de todo reconocimiento. Los tiempos y los hombres y las circunstancias se renuevan en torno a tu mudable personalidad con una velocidad de la que ningún huracán terrenal es capaz de ofrecer una imagen. Lo que era mejor ayer, ¿es aún lo mejor en este distinto teatro del mañana? ¿Te guiará cabalmente tu propio Pasado en tu violento e inesperado Futuro? Y si esto fuese cuestionable, ¿con qué humildes ojos sin esperanza no miraremos a otros hombres siguiendo junto a nosotros su carrera desconocida, viendo con ojos diferentes, empujados por temporales distintos, actuando y sufriendo en otra esfera de cosas?

Y como auténtica llave para tal laberinto, ¿me ofreces estas dos veintenas de palabras, estas cinco peladas prohibiciones? Porque los preceptos morales no son más que cinco; los primeros cuatro tratan más bien de asuntos de observancia que de conducta; el décimo, "No codiciarás", se alza sobre otra base y en breve me referiré a él. Los judíos, a quienes se les entregó primero, con el curso del tiempo empezaron a encontrar estos preceptos insuficientes, y añadieron no menos de seiscientos cincuenta más! Esperaban hacer un libro de bolsillo de referencia sobre la moral que estuviese con la vida en tal relación como, digamos, lo están las reglas de Hoyle <sup>1</sup> con el juego científico del whist. La comparación es justa y condena el proyecto, porque los que juegan guiados por generalizacio-

nes nunca pasarán de ser mediocres jugadores, y a ti y a mí nos gustaría jugar nuestra partida en la vida en la condición más noble y sagrada. Mas si los judíos adoptaron sobre la conducta una visión cicatera y mezquina, ¿qué visión tenemos nosotros que con indiferencia dejamos a la juventud adentrarse en el bosque encantado, lleno de hechizos y ominosas quimeras, sin mejor guía que la brindada por estos cinco preceptos?

“Honra a tu padre y a tu madre.” Sí, pero ¿significa eso obedecer?, y si es así, ¿por cuánto tiempo y hasta dónde? “No matarás.” Mas la justa intención y sentido de la prohibición pueden llevarse a cabo matando. “No cometerás adulterio.” Pero algunos de los más feos adulterios son realizados en el lecho nupcial y con la aprobación de la religión y la ley. “No levantarás falso testimonio.” ¿Cómo, con las palabras o también con el silencio, o incluso con una sonrisa? “No robarás.” Ah, ciertamente, pero ¿qué es robar?

Robar es otra palabra que hay que analizar; ¿y quién será nuestro guía? La policía nos dará una interpretación, dejando a la palabra sólo ese mínimo de significado sin el cual la sociedad caería en pedazos; mas seguramente tendremos que adoptar un sentido más alto que éste; a buen seguro deseamos para la humanidad algo más que una rala subsistencia; sin duda queremos que la humanidad prospere y se afiance cada vez más y nosotros mismos vivamos bajo la mirada de algún soberano más eficiente que un policía. La aprobación o desaprobación de la policía debe resultar eternamente indiferente a un hombre que sea valeroso y bueno. Hay mal-estar extremo en la condena de la ley, pero no vergüenza. La ley representa esa pequeña medida de moralidad que puede

ser extraída del común de los mortales; pero, ¿qué supone eso para mí, que apunto más alto y busco ser mi propio juez más riguroso? Observo con placer que ningún hombre valiente se ha agobiado nunca con tales consideraciones. Los japoneses albergan un sentimiento más apreciativo y noble hacia este lazo social al cual nacemos al entrar en el mundo y cuya protección y ventajas todos indiferentemente compartimos a lo largo de nuestras vidas: pero incluso para ellos, así como para nuestros santos y héroes de Occidente, la ley del estado es reemplazada por la más alta ley del deber. Sin duda y sin remordimiento, quebrantan las más severas prohibiciones antes que abstenerse de hacer lo apropiado. Mas una vez llevado a cabo el deber superior, vuelven de inmediato con lealtad a la obligación común de todos los ciudadanos y se apresuran a denunciarse a sí mismos, y valoran por igual su justo crimen y su igualmente justa sumisión al castigo. Escaparse de la policía no satisfará por mucho tiempo a una activa conciencia o a una mente reflexiva. Pero para mostrarte cómo una u otra pueden turbar a un hombre y qué vasta extensión fronteriza queda sin recorrer por este inestimable octavo mandamiento, déjame contarte unas pocas páginas de la vida de un joven.

Era un amigo mío, un hombre joven como otros; generoso, caprichoso, voluble como la juventud misma, pero siempre de impulsos elevados y a la búsqueda de pensamientos más nobles sobre la vida. Te diré de inmediato que está completamente de acuerdo con el octavo mandamiento. Pero algunas obras estimulantes cayeron en sus manos, el Nuevo Testamento entre otras, y esto desentumeció su visión de la vida y le condujo a muchas perplejidades. Como era hijo de un hombre de cierta posición y bien establecido, mi amigo había disfrutado

desde el principio de las ventajas de la educación; no sólo eso, había sido mantenido vivo a lo largo de una niñez enfermiza gracias a cuidados constantes, comodidades y cambio de aires; por todo lo cual estaba en deuda con la fortuna de su padre.

En la universidad encontró a otros muchachos más diligentes que él que se dedicaban a tareas del campo en verano para pagarse la matrícula en invierno y esta desigualdad le afectó en cierto modo. Era en esa época de temperamento cambiante e insaciablemente curioso sobre las apariencias de la vida y así, pasaba gran parte de su tiempo entablando relación con toda clase de hombres y mujeres. De este modo vino a dar con muchas ambiciones arruinadas, muchas inteligencias atrofiadas por falta de oportunidad, y esto también le hizo mella. Empezó a percibir que la vida era una carrera basada en extraños y poco éticos principios y no, como le habían dicho, una prueba igualada y justa. Empezó a temblar porque él hubiese sido injustamente favorecido cuando veía todas las avenidas de fortuna, poder y comodidad, cerradas para tantos de sus superiores e iguales, e incesantemente abiertas ante un ser tan perezoso, indiferente y disoluto como él. Se sentaba junto a él en los bancos de la universidad un joven que sólo poseía una camisa para su espalda y, a intervalos suficientemente espaciados, debía quedarse en casa para que se la lavaran. Tenía mi amigo por principio hacer novillos tan a menudo como se atrevía porque me temo que no era amigo de estudiar. Pero hubo algo que le conmovió profundamente en este compañero que tenía que dejar de ir a clase hasta que su camisa hubiese sido lavada y en los incontables otros que nunca habían tenido una oportunidad. "Si uno de ellos pudiera ocupar mi lugar", pensó; y la idea quitó un velo de sus

ojos. La vergüenza de sus descubrimientos le remordía y se despreció a sí mismo por ser un privilegiado indigno y una criatura de los sórdidos bajos fondos de la Fortuna. Ya no podía ver sin confusión uno de estos bravos jóvenes batalando montaña arriba contra la adversidad. ¿No había escamoteado el derecho de nacimiento de ese muchacho? En el mejor de los casos, ¿no se estaba aprovechando fríamente de la injusticia de la sociedad y devorando ansiosamente bienes robados? El dinero, es cierto, pertenecía a su padre, que había trabajado y pensado y entregado su libertad para ganarlo; pero, ¿por qué razón iba a pertenecer el dinero a mi amigo que no había hecho nada aún excepto ayudar a malgastarlo? Una honestidad más enérgica unida a un carácter más justo e imparcial, habrían extraído de estas consideraciones un nuevo impulso de esfuerzo, de manera que esta equívoca posición llegase a término lo antes posible y algunos buenos servicios prestados a la humanidad justificasen la apropiación del gasto. No fue así con mi amigo, que sólo estaba turbado y falto de coraje y lleno de esa estrepitosa indignación con la que los jóvenes consideran las injusticias en la primera impresión de la juventud, aunque tras unos pocos años dócilmente se conformen a su existencia y se aprovechen deliberadamente de sus complicaciones. Mas todo este tiempo era presa de innúmeras punzadas de ira y una vez, cuando se puso sus botas, como cualquier otro burro inmaduro, para escaparse de casa, fue su mejor consuelo que ahora iba de un plumazo a liberarse de la responsabilidad de esta fortuna que no era suya, y a competir igualmente con sus compañeros en el campo de batalla de la vida.

Poco tiempo después, cayó enfermo y se le envió con grandes gastos a un clima más favorable; y entonces creo que

sus dudas aumentaron. Cuando pensaba en todos los otros jóvenes de futuro prometedor, elevados, buenos, el apoyo de la familia, que debían quedarse en casa para morir, con todas sus posibilidades para la vida y la humanidad perdidas; y cómo él, por un favor más, inmerecido, había sido elegido de entre todos ellos para sobrevivir, se sentía como si no hubiese vida, esfuerzo, devoción de alma y cuerpo, que pudiese desenvolver y justificar estas parcialidades. Una dama religiosa a quien confió sus reflexiones no vio en ellas fuerza alguna. "Fue la voluntad de Dios", dijo. Mas él sabía que por la voluntad de Dios Juana de Arco había sido quemada en Rouen, lo cual no perdonaba a Bedford ni al obispo Cauchon; y también por la voluntad de Dios Cristo había sido crucificado a las afueras de Jerusalén, lo cual no excusaba el odio de los sacerdotes ni la tibieza de Pilatos. Más aún, sabía que aunque la posibilidad de este favor que ahora estaba disfrutando provenía de sus circunstancias, su aceptación era un acto de su propia voluntad; y él lo había acogido ansiosamente, ambicionando descanso y luz del sol. Y así, este alegato de la providencia divina hizo poco para aliviar sus escrúpulos. Te aseguro que su mente estaba muy confusa. Y si yo fuese tú, no me reiría de que mientras estaba haciendo una montaña de lo que en tu opinión era un grano de arena, estuviese a la vez alegremente practicando, como quizás lo estaba, muchas otras cosas que te podrían parecer tan negras como el infierno. Todo hombre es su juez y guía de montaña a través de la vida. Hay una vieja historia sobre una mota y una viga, aparentemente no verdadera, pero digna tal vez de alguna consideración. Si yo fuese tú, dedicaría alguna reflexión a estos escrúpulos suyos, y si fuese él, haría lo propio con los tuyos; porque no es improbable que algo se oculte bajo ambos. Mientras tanto te contaré cómo actuó. Como muchos inválidos, supuso que moriría. Si moría,



no veía manera de devolver este gran préstamo que la humanidad, a través de las manos de su padre, le había adelantado para su enfermedad. En ese caso, sería dinero perdido. Así que decidió que el adelanto fuera lo menor posible. Y mientras continuó dudando de su recuperación, vivía austeramente y se ahorraba todo excepto lo esencial. Mas tan pronto como empezó a percibir un cambio a mejor, se sintió justificado en gastar más libremente para acelerar y alegrar su retorno a la salud y confió en que en el futuro prestaría su ayuda a la humanidad, cómo ésta, de su tesoro, le había brindado una ayuda a él.

No digo que mi amigo no fuese bastante singular y parcial en su juicio; ni que no pensase demasiado en sí mismo y demasiado poco en sus padres; pero sí afirmo que hay aquí algunas dudas que le atormentaron en su juventud, y todavía, quizá, alguna vez le acosan en medio de su gozo, y que tienen después de todo algún fundamento en la justicia y apuntan, en su confusa manera, a alguna honestidad más honorable al alcance del hombre. Al menos, ¿no es ésta una glosa poco frecuente sobre el octavo mandamiento? Y ¿qué clase de alivio, guía o iluminación concedió ese precepto a mi amigo a lo largo de todos estos debates? “No robarás.” ¡Con todo mi corazón! Pero, ¿lo estoy haciendo?

El materialismo verdaderamente peculiar de nuestra visión de la vida nos incapacita para seguir cualquier transacción hasta su fin. No puedes hacer entender a nadie que su parte del trato sea algo más que un acuerdo, mientras que de hecho es un eslabón en la manera de conducirse de la humanidad y un bien o un mal para el mundo. Tenemos una especie de ceguera que nos impide ver nada que no sean soberanos. Si un

hombre acuerda dar a otro tantos chelines por tantas horas de trabajo, y luego deliberadamente le da cierta proporción del pago en dinero falso y sólo el resto es válido, podemos ver con medio ojo que este hombre es un ladrón. Pero si el otro pasa cierta proporción de horas fumando su pipa, y otras tantas mirando al cielo o al reloj, o intentando recordar una canción, o en meditación sobre sus propias aventuras del pasado, y sólo el resto en el trabajo mismo por el que se le paga, ¿es él, porque el robo sea de tiempo y no de dinero, menos ladrón? El primero dio un chelín sin valor, el otro una hora imperfecta; pero los dos rompieron el trato y cada uno de ellos es un ladrón. En trabajo a destajo, que es lo que la mayoría de nosotros hacemos, el caso no es menos claro porque sea incluso menos material. Si forjas un mal cuchillo, has desperdiciado algo del hierro de la humanidad y luego, con incomparable cinismo, te embolsas por tu labor algo del dinero de todos. ¿Hay algún hombre tan ciego que no pueda ver que esto es robar? De nuevo, si cultivas con descuido una heredad, estás jugando deshonesto e irresponsablemente con los recursos de la humanidad frente al hombre; en consecuencia, habrá menos pan y por la falta de ese pan alguien morirá el próximo invierno: una sombría reflexión. Y no debes esperar evadirte de culpa porque obtuviste menos dinero por tu menor cantidad de pan; ya que aunque un robo sea castigado en parte, no es menos robo por ello. Cogiste la finca frente a otros competidores; había otros dispuestos a cargar con la responsabilidad y a responder del asunto de las barras de pan; pero fuiste tú quien se hizo cargo. Por ese acto te ligaste a un tácito acuerdo con la humanidad para cultivar esa tierra con tu mejor esfuerzo; no estabas bajo ninguna supervisión, estabas en libertad bajo palabra. Pero rompiste el trato y para todos los que observen

con atención, y para ti mismo entre el resto si tienes un punto de vista moral, eres un ladrón. O toma el caso del hombre de letras. Cada muestra de trabajo que no sea tan buena como puedas hacerla, a la que hayas dado un visto bueno imperfecto y haya sido exigüamente pensada, pobre de ejecución, ante la humanidad que es tu pagadora bajo palabra de honor y es en cierto sentido tu alumna, toda actuación apresurada, o descuidada o falsa, debería levantarse contra ti en el tribunal de tu propio corazón y condenarte por ladrón. ¿Tienes un salario? Si descuidas tu salud y te vuelves así menos capaz para el deber y aun entonces tocas y avariciosamente te embolsas esos honorarios, ¿qué eres sino un ladrón?, ¿tienes cuentas dobles?, ¿obtienes tú de los que negocian contigo, gracias a algún malabarismo consagrado por la época, por medio del engaño o algún método ambiguo, más de lo que ganarías si estuvieras tratando directamente y cara a cara con Dios? ¿Qué eres sino un ladrón? Más aún, si ocupas un despacho o produces un artículo que, en el fondo de tu corazón, piensas que es un fraude y una patraña contra la humanidad, y aun así recoges tu paga y sigues con las turbias maniobras de esa oficina, o acumulas tus beneficios y sigues llenando el mundo con esos productos infames –aunque seas viejo y calvo, y el primero en la iglesia y baronet, ¿qué eres sino un ladrón? Éstas pueden parecer duras palabras y meras curiosidades del intelecto, en un tiempo en el que el espíritu de la honestidad está tan escasamente cultivado que todo negocio camina sobre mentiras y las así llamadas costumbres del oficio, y nadie concede dos pensamientos a la utilidad u honorabilidad de su empresa. Diría menos si pensase menos. Pero considerando mis propias razones y la justicia de las cosas, sólo puedo reconocer que yo mismo soy un ladrón y que sospecho intensamente que mis vecinos participan de la misma

culpa.

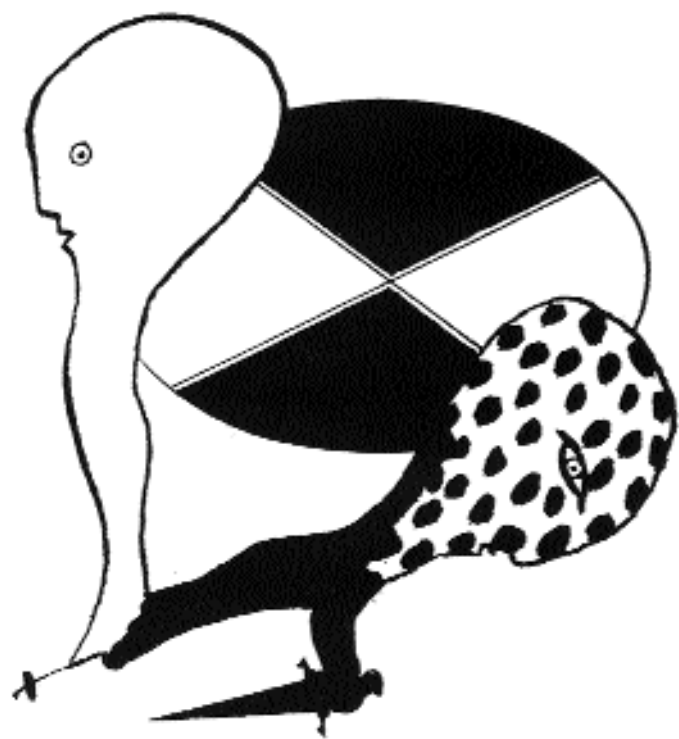
¿Dónde oíste que fuera fácil ser honesto? ¿Lo encuentras en tu Biblia? ¡Fácil! Es fácil ser un asno y seguir a la multitud como un toro ciego y aturdido en una estampida; y eso, bien me doy cuenta, es lo que tú y la señora Grundy <sup>2</sup> llamáis honestidad. Mas no aguantará el peso del tiempo ni el escrutinio de la conciencia. Incluso ante el más bajo tribunal –ante uno cuyo anhelo sea, no conservar a los hombres buenos, o dentro de un radio de mil millas del bien, sino impedir que degeneren t a n t r á g i c a m e n t e q u e arruinen el entramado entero de la sociedad con sus maldades–, incluso ante un tribunal, como empezamos a ver en estos días, nuestro cómodo hábito de caminar en fila india, igual ante el bien que ante el mal, comienza a ser reprobado y castigado, declarado completamente deshonesto, hurto evidente y estafa; y los simples que han ido por la vida con una conciencia tranquila pueden aprender de repente, de labios de un juez, que las costumbres del oficio bien podrían ser las costumbres del demonio. Pensabas que era fácil ser honesto. ¿Pensabas que era cómodo ser justo y amable y sincero? ¿Pensabas que todos los deberes del hombre elevado eran tan sencillos como música marinera?, ¿y que podías andar por la vida como un caballero y un héroe, sin más preocupación que la de ir a la iglesia o mandar una circular? Y, sin embargo, todo este tiempo, ¡tú guardabas el octavo mandamiento!, y, lo que es aún más jugoso, ¡no lo habrías roto por nada del mundo!

La verdad es que estos diez mandamientos, por sí mismos, son de poca utilidad para tu juicio privado. Si lo que deseas es una síntesis, tienes todo su espíritu condensado en la regla de oro, y ahí expresado con más hondura incluso, porque la ley se

halla ahí espiritual y no materialmente ejemplificada. Ciertamente, cuatro de estos diez mandamientos, desde el sexto al noveno, son más bien legales que éticos. El juzgado de guardia es su lugar apropiado. Un magistrado no puede decir si amas a tu vecino como a ti mismo, pero puede decir más o menos si has asesinado, o robado, o cometido adulterio, o levantado tu mano para testificar lo que no era cierto; y estas cosas, para exámenes prácticos aproximados, son virtualmente como se las encuentra. Tal vez por ello, el mejor resumen de la ley moral Judía se halla en las máximas de los sacerdotes, *neminem laedere* <sup>3</sup> y *suum cuique tribuere* <sup>4</sup>. Mas una vez concedido todo esto, se hace aún más evidente lo inadecuado que resultan en la esfera de la moralidad personal; y mientras dicen al magistrado aproximadamente cuándo castigar, nunca aconsejan a un turbado pecador qué hacer.

Sólo Polonio, o alguna otra solemne especie de asno, puede ofrecernos un proverbio sucinto a modo de consejo y no enrojecer avergonzado delante de nuestra cara. Se lo admitimos por todo lo que vale; mas lo que deseamos es algo superior y más hondo. Cristo fue, en general, gran enemigo de esa clase de enseñanza; rara vez le encontramos entrometiéndose en cualquiera de estos romos mandamientos si no es para que fructifiquen y eleven a los que le escuchan desde la letra hasta el espíritu. Porque la moral es un asunto personal; en la guerra por la justicia, cada hombre lucha por sí mismo; los seiscientos preceptos de la Mishná no pueden hacer temblar mi juicio personal; mi magistratura sobre mí mismo es un cargo irrenunciabile que ninguna ley puede echar atrás, y mis decisiones son absolutas para el caso y la ocasión. El moralista no es un juez de apelación, sino un abogado que alega en mi tribunal.









Tiene que demostrar no la ley, sino que la ley se aplica. ¿Me puede convencer? Entonces gana el caso. Y de este modo encuentras a Cristo dando diversos consejos a hombres diferentes, y a menudo celosamente cuidadoso para evitar dar un precepto definido. ¿Se le pide, por ejemplo, que divida una herencia? Rehúsa hacerlo y el mejor consejo que ofrece no es sino una paráfrasis de ese décimo mandamiento que figura tan extrañamente entre todos los demás. "Andad con cautela, y cuidaos de la ambición." Si lamentas que esto sea vago, entonces he fracasado en que avances conmigo en mi argumentación. Porque ningún precepto puede ser más que una ilustración, aunque su verdad resplandeciera como el sol y fuese anunciado desde el cielo por la voz de Dios. Y la vida es tan intrincada y cambiante que ni veinte veces tal vez, o ni siquiera dos en todos los tiempos, encontraremos ese dulce consentimiento de circunstancias al cual esa verdad se pueda aplicar.

### CAPÍTULO III

Aunque el mundo y la vida, en cierto sentido, se hayan convertido en un lugar común para nuestra experiencia, sólo se trata de un letargo externo; el sentimiento verdadero dormita dentro de nosotros, y basta con que reflexionemos sobre nosotros mismos o sobre nuestros alrededores para que se reavive nuestro asombro. Ningún alargamiento de ningún hábito puede desafilarse nuestra primera sorpresa. Del mundo tengo poco que decir sobre este particular, unas pocas pinceladas serán suficientes. Habitamos un ascua muerta flotando en la nada del espacio, girando vertiginosamente mientras va, y encendida a varios millones de millas de distancia por un fuego del infierno más horrible que el que nunca pudo concebir la imaginación de los teólogos. Mas la brasa muerta es un verde y amplio lugar de residencia, y la reverberación de este fuego del averno madura flores y frutos y dulcemente nos calienta en los atardeceres de verano sobre el césped. Muy lejos, en todas direcciones, otros rescoldos apagados, otros soles llameantes, ruedan y corren en el claro vacío; el más cercano está más allá de toda llamada, el más distante tan lejos que el corazón siente vértigo al tratar de concebir la distancia. Marineros naufragos en el océano, agarrados a un pedazo de bauprés, están a salvo y en casa en comparación con la humanidad encima de su bala. Incluso a nosotros que no hemos conocido otro, este lugar de residencia nos parece extraño, cuando no sobrecogedor.

Pero todavía más singular es el residente, el hombre, una criatura resumen de maravillas que, después de siglos de costumbres, es aún asombroso para sí mismo. Habita un cuerpo

al que está continuamente sobreviviendo, desechando y renovando. La comida y el sueño, mediante una química misteriosa, restauran su espíritu y la frescura de su semblante. Le crece pelo como la hierba; sus ojos, su cerebro, sus tendones, sedientos de acción; goza al ver y tocar y oír, al alimentarse del sol y el viento, al sentarse y reflexionar absorto sobre su situación y sorprendentes atributos, al alzarse y correr, al realizar la extraña y repugnante ronda de funciones físicas. La visión de una flor, las notas de un pájaro, a menudo le conmoverán hondamente; pero contempla indiferente las distancias impenetrables, las portentosas hogueras del universo. Entiende, planea, doma la naturaleza, cabalga el mar, ara, escala el aire en un globo, lleva a cabo amplias investigaciones, comienza tareas interminables, se agrupa en confederaciones y populosas ciudades, gasta sus días en salvar a los últimos de la tierra o en beneficio de una posteridad que no ha nacido aún; y, sin embargo, se sabe un trocito de insuperable fragilidad y criatura de unos pocos días. Su vista, que le guía, que percibe las estrellas más lejanas, que es milagrosa en todos los sentidos y desafía toda explicación o creencia, se halla no obstante alojada en una porción de gelatina y se puede apagar con un roce. Su corazón, que tan indómita y atléticamente trabaja a lo largo de la vida, es sólo un pequeño recinto que puede ser detenido con un alfiler. Su cuerpo entero, a pesar de toda su salvaje energía, de todos sus alados y repentinos deseos, puede ser domeñado y sometido por una corriente de aire o una lluvia ligera de frío rocío. Lo que llama muerte, que es la aparente parada de todo y la ruina y odiosa transformación del cuerpo visible, le acecha exteriormente en mil accidentes, y crece en enfermedades secretas dentro de él. Está aún aprendiendo a ser un hombre cuando ya sus facultades empiezan a declinar; no ha acabado todavía de entenderse a sí mismo ni

su situación cuando muere inevitablemente. Y, sin embargo, esta criatura quimérica y loca no se preocupa de su último destino, vive como si fuera eterna, se abalanza con su cuerpo vulnerable al caos de la guerra y afronta con indiferencia la muerte cada día. No puede dar un paso sin dolor o placer. Su vida es un tejido de sensaciones que distingue cuanto más directamente parecen provenir de sí mismo o de su entorno. Es consciente de sí mismo como gozador o doliente, como algo que ambiciona, elige, y se satisface; consciente de lo que le rodea como si eso fuera un proveedor inagotable, la fuente de toda situación, de toda inspiración y maravilla, de los golpes crueles y las caricias encantadoras. De este modo prosigue su camino, tropezando entre delicias y agonías.

La materia es una teoría rebuscada y el materialismo no tiene raíces en el hombre. Para él todo es importante en la medida en que le conmueve. Los cables y postes del telégrafo, la electricidad vertiginosa de empleado a empleado, los empleados mismos, el alegre o triste contenido del mensaje y el papel en el que finalmente lo recibe en casa, todos son hechos de la misma naturaleza, todos existen igualmente para el hombre. Una palabra o un pensamiento le pueden herir tan certeramente como un cuchillo de acero. Si piensa que es amado, se elevará y la gloria está con él, aunque se halle en una tierra distante y ande escaso de pan. ¿Piensa que no es amado? –puede tener a su esposa a sus pies y no hay alegría para él en el mundo entero. Verdaderamente, si hemos de valorar la importancia de esta invención de la razón, la distinción entre lo material y lo inmaterial, tendremos que concluir que la vida de cada hombre como individuo es inmaterial, aunque la continuación y esperanzas de la humanidad como raza dependa de condiciones materiales. Las funciones físicas

del cuerpo de cada hombre son realizadas para él; como un sibarita, posee serviciales ayudas de cámara en sus propias vísceras; respira, suda, digiere sin esfuerzo o voluntad que dé su consentimiento. La mayoría de las veces come incluso, no con una conciencia despierta, sino como entre dos pensamientos. Su vida está centrada en otras consideraciones más importantes; tócale en su honor o en su amor, criaturas de la imaginación que le atan a la humanidad o a un hombre o mujer individuales; oponte a su piedad que conecta su alma al cielo, y dejará de comer, aborrecerá su respiración, y con emoción magnánima cortará los nudos de su existencia y se librará de un golpe de la red de dolores y placeres.

Se deduce que el hombre tiene dos partes al menos; que no es un imperio autónomo y redondeado, sino que en el mismo cuerpo con él moran otros poderes tributarios pero independientes. Si ahora contemplo a alguien paseando en un jardín, curiosamente coloreado e iluminado por el sol, digiriendo su comida por medio de refinada química, respirando, activando su sangre, guiándose con la ayuda de sus ojos, acomodando su cuerpo con mil delicados balanceos al viento y a la irregular superficie del camino, y todo el tiempo, quizás, con su pensamiento puesto en América, o en la estrella Sirio, o en los atributos de Dios –¿qué diré, cómo he de describir el ser que veo?, ¿es eso realmente un hombre, en el sentido riguroso del término?, o ¿no es un hombre y algo más?, ¿cuáles diremos pues, que son el filo y el eje de una criatura tan variadamente compuesta? Algunos leen su enigma como un determinado entramado de nervios y el éxito de digestiones sucesivas; otros le ven como un exiliado fragmento del cielo sobre el que sopla y condiciona la respiración de Dios; y ambas escuelas de teóricos aullarán como críos escaldados ante una palabra de

duda. Mas cualquiera de estos puntos de vista, por plausible que sea, está fuera de la cuestión; ambos pueden estar en lo cierto; y no me importa; pido una respuesta más precisa y para un propósito más íntimo. ¿Qué es el hombre? Hay Algo que estaba antes del hambre y que permanece después de una comida. Puede o puede no estar comprometido en acción o pasión alguna, mas cuando lo está, cambia, se eleva y santifica. De manera que no está ocupado en la lujuria, donde la satisfacción cierra el capítulo; y está comprometido con el amor, donde ninguna satisfacción puede mellar el filo del deseo, y donde la vejez, la enfermedad o el distanciamiento pueden desfigurar lo que fue deseable sin disminuir el sentimiento. Este algo, que es el hombre, es una permanencia que soporta las vicisitudes de la pasión, ora abrumado, ora triunfante, inconsciente ahora de sí mismo en la angustia urgente del ansia o el dolor, alzándose luego libre de nubes por encima de todo. Así que para el hombre, su propio yo fundamental se desvanece y surge de nuevo luminoso entre el tumulto de los sentidos, como un Faro que recorre la noche. Está olvidado; está oculto, al parecer, para siempre; mas en la siguiente hora de calma se contemplará a sí mismo una vez más, brillando serenamente ante cambios y tormentas.

La humanidad, en el sentido de la masa que se arrastra, que nace y se alimenta, que se reproduce y muere, es únicamente el agregado de los aspectos más externos y bajos del hombre. Esta conciencia interior, esta linterna alternativamente oscurecida y brillante, para la cual y por la cual el individuo existe y debe guiar su conducta, es algo especial para él, y no comparado con la raza. Sus alegrías le hacen feliz, sus tristezas le hierren, según si ESTO está interesado o no en el asunto; según si se alzan en guerra imperial o en una revuelta acaudillada por

los caciques tributarios de la mente. Puede perderlo todo y ESTO no sufrirá; puede perder lo que materialmente es una nimiedad y ESTO saltará en su pecho con una cruel punzada. No hablo de esto a los teóricos endurecidos: el hombre que está vivo sabe bien a lo que me refiero.

“Percibe por fin que hay en ti algo mejor y más divino que las cosas que producen diferentes efectos y, por así decirlo, te mueven por medio de hilos. ¿Qué hay en tu mente?, ¿es miedo, o sospecha, o deseo, o algo similar?” Hasta aquí Marco Aurelio, en uno de los pasajes más notables de cualquier libro. He aquí una pregunta digna de ser contestada. ¿Qué hay en tu mente? ¿Qué es lo que dice tu yo más profundo cuando en una hora tranquila puede ser inte-ligiblemente escuchado? Es algo más allá del límite de tu pensamiento, como lo eres tú mismo; pero, ¿no es de un espíritu más alto que el que hayas soñado a veces y se eleva por encima de todas las bajas consideraciones? Esta alma apenas parece tocada por nuestras debilidades; ciertamente, no podemos encontrar en ella miedo, sospecha o deseo; sólo somos conscientes –y ello como si lo leyésemos en los ojos de otra persona– de un gran ofrecimiento sin límites. ¿Un ofrecimiento a qué? A pasar por encima y mirar más allá de los objetos de miedo y deseo, en busca de algo más. ¿Y este algo más? Este algo que está separado del deseo y del miedo, y al cual todos los reinos del mundo y la muerte inmediata del cuerpo resultan indiferentes y fuera de la cuestión, y que, sin embargo, afecta a la conducta –¿por qué nombre lo llamaremos? Puede ser el amor a Dios; o puede ser un instinto heredado (y verdaderamente bien oculto) para preservar el yo y propagar la especie; no estoy por el momento opuesto a ambas teorías; mas ahorraremos tiempo si lo llamamos justicia. Al hacer esto no busco una

excusa para asumir algo sin justificación; estoy ciertamente dispuesto, y más que deseoso, para aceptar las estrictas consecuencias y para, tanto como la traición a la explicación lo permita, dejar a un lado todos los anteriores significados concedidos a la palabra justicia. Lo que es justo es aquello por lo que el yo axial de un hombre está siempre dispuesto a sacrificar intereses inmediatos o distantes; lo que es malo es lo que el yo fundamental descarta o rechaza como incompatible con el modelo fiable de rectitud.

Hacer esta admisión es renunciar a toda esperanza de definición. Lo que es bueno en función de esta teoría, le es íntimamente dictado a cada hombre por sí mismo, pero no puede nunca ser exactamente expresado ni, sobre todo, impuesto a otro. La conciencia tiene pues, una visión como la de sus ojos, que es incomunicable, y en la mayoría de los casos ilumina únicamente a su dueño. Cuando muchas personas perciben los mismos o similares hechos, están de acuerdo en una palabra como símbolo; y así tenemos palabras tales como ÁRBOL, ESTRELLA, AMOR, HONOR, o MUERTE; así también tenemos esta palabra BIEN que, como las otras, todos entendemos, la mayoría de nosotros entendemos de forma diferente, y nadie puede expresar sucintamente de otra forma. Pero incluso con la visión más estrecha, podemos dar algunos pasos hacia la comprensión de nuestros propios pensamientos superiores. Porque es un hecho increíble y sorprendente que un hombre, a lo largo de su vida, se halle en términos cambiantes consigo mismo; es consciente de desavenencias y reconciliaciones; a veces la amistad está casi perdida, a veces se reinicia de nuevo con alegría. Como dijimos antes, su alma o yo interior aparece ante él en revelaciones sucesivas, y con frecuencia es oscurecida. Sólo desde un estudio de estos cam-



bios podemos esperar descubrir, siquiera tenuemente, lo que parece justo y lo que parece malo a este velado profeta nuestro.

Todo lo que reside en el hombre en su sentido más amplio, lo que llamamos impresión así como lo que llamamos intuición, hasta donde llega mi argumento, debemos aceptarlo. No es malo desear comida, o ejercicio, o entornos hermosos, o el amor por el sexo, o por los intereses que constituyen el alimento de la mente. Todo ello es anhelado; todo ello debería ser deseado; a nada de ello, por sí mismo, el alma se opone; donde hay una necesidad innegable, reconocemos una demanda de la naturaleza. Mas sabemos que estas demandas naturales pueden ser reemplazadas, pues las necesidades comunes a la humanidad merecen una pálida consideración en comparación a los deseos del alma individual. La comida es casi el primer requisito; y, sin embargo, un carácter noble andará sin comida para ruina y muerte de su cuerpo, antes que obtenerla de una manera desaprobada por su espíritu. Pascal renunció a las matemáticas, Orígenes mutiló su cuerpo con un cuchillo; todos los días alguien mortifica así sus intereses y deseos más queridos y, en palabras de Cristo, entra herido en el Reino de los Cielos. Esto es apartar los apegos menos armoniosos e importantes en favor de la renuncia; y aunque por este sendero ascético podamos llegar al cielo, no podremos alcanzar el hombre perfecto, completo. Mas hay otro camino, armonizar los apegos por medio de la reconciliación, en la cual el alma y todas las facultades y sentidos persiguen una misma ruta y comparten un único deseo. Así, un hombre se halla atormentado por un imperioso deseo físico; no se puede negar que le roba su descanso; los médicos te dirán, no yo, que se trata de una necesidad física, como la falta de sueño o

comida. En la satisfacción de este anhelo, tal como parece al principio, el alma toma parte frugalmente; más aún, a menudo lamenta y desaprueba sin reparos la satisfacción. Pero dejemos que nuestro hombre aprenda a amar a una mujer en la medida en que es capaz de amor, y en vez de este arbitrario apego del cuerpo encontramos una determinación constante, un consentimiento de todos sus poderes y facultades, que reemplaza, asume y domina lo anterior. El deseo sobrevive, fortalecido quizás, pero se le ha enseñado a ser dócil y su alcance y carácter han cambiado. La vida ya no es un rosario de traiciones y lamentos, porque el hombre vive ahora en armonía; su conciencia se desliza ahora ininterrumpidamente como un río; a través de todos los extremos y vicisitudes de su pasión, se mantiene aprobadoramente consciente de sí mismo.

A mí, éste me parece un modelo de esa rectitud que el alma anhela. Ésta busca que no vivamos alternativamente con nuestras tendencias opuestas en un continuo balancín de pasión y repugnancia, sino que encontremos alguna vía en la que las inclinaciones no se opongan más y se ayuden la una a la otra en pos de un fin común. Busca que no persigamos objetivos sin salida, sino nobles y amplios propósitos en los que alma y cuerpo puedan unirse como notas de un acorde armonioso. Ése sería en verdad un camino de paz y placer, ése sería realmente el cielo en la tierra. No demanda, no obstante, o, para hablar con propiedad, no me pide a mí que me prive de mis apetitos por razón alguna bajo el firmamento excepto por ese propósito en sí mismo; o que con desesperación vacilante me arranque el ojo que aún no he aprendido a guiar y disfrutar con sensatez. El alma anhela unidad de fines, no el desmembramiento del hombre; busca conjuntar toda su fuer-

za y dulzura, toda su pasión y prudencia, y hacer de él un hombre perfecto exultante en su perfección. Terminar ascéticamente es rendirse, no solucionar el problema. El asceta y el degenerado, aunque en extremos distintos, han fracasado igualmente en la vida. El primero ha sacrificado su tripulación; el otro vuelve con sus marineros en un bote, mas ha perdido el barco. No creo que haya muchos capitanes que tengan tales resultados por un éxito.

Pero si es rectitud fundir así nuestros divisivos impulsos y caminar armónicamente por la vida, hay claramente una cosa más injustificable que ninguna otra, un deterioro irreversible que lastra todo lo demás. Y ésta es perder la conciencia de uno mismo. En el mejor de los casos, no es sino por destellos, al hallarse toda nuestra naturaleza clara, fuerte y consciente y los acontecimientos conspiran para darnos un respiro, cuando disfrutamos de nuestra comunión con nuestra alma. En el peor de los casos, estamos tan abatidos y pasivos que podemos decir brevemente que carecemos de alma alguna. Una torpeza ártica se apodera de los hombres. Aunque compuestos por nervios y lanzados a un mundo estimulante, desarrollan una tendencia a quedarse dormidos de pie; la conciencia se sume en las partes mecánicas y reflejas de la existencia y pronto pierde la voluntad y el poder de contemplar cara a cara consideraciones más elevadas. Esto es ruinoso y el más alto fracaso en la vida; esto equivale a condena en este mundo, condena directa y sin necesidad de juicio. "¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo si se pierde a sí mismo?"

A mantener a un hombre despierto, a mantenerle vivo ante su propia alma y ante su modelo de justicia digno de confianza, se encamina la mejor parte de la educación moral y reli-

giosa; no sólo la de las palabras y los doctores, sino también la de la férula de la calamidad bajo la cual todos somos alumnos de Dios hasta que morimos. Si, como maestros, hemos de decir algo al respecto, debemos decir lo que haga recordar al alumno su alma; debemos hablar el dialecto de esa alma; debemos hablar de la vida y la conducta tal como su alma quisiera que él pensase en ellas. Si, a causa de alguna sintonía entre nosotros y el alumno o quizá entre todos los hombres, hablamos verdaderamente ese dialecto y expresamos tales puntos de vista, sin duda tocaremos un resorte en él; sin lugar a duda reconocerá que ese dialecto es el que él mismo ha hablado en sus mejores momentos; sin duda se conmoverá, "había olvidado, pero ahora recuerdo; yo también tengo ojos, y había olvidado usarlos. Yo también tengo un alma propia, orgullosamente noble, y a ella escucharé y a ella me conformaré". En una palabra, decidle algo que haya pensado una vez, o estado a punto de pensar, o mostradle una visión de la vida que haya visto claramente en alguna ocasión, o estado a punto de ver con claridad y habréis cumplido vuestro papel y podéis ahora dejar que él mismo se encargue de su propia educación.

Ahora bien, a la visión enseñada en el momento actual me parece que le falta nobleza; y el dialecto en el que únicamente puede ser inteligiblemente expresada no es el dialecto de mi alma. Es una especie de aplazamiento de la vida; nada es realmente, pero algo diferente va a tener lugar; vamos a tener que mantener nuestros ojos en lo irrelevante desde la cuna hasta la sepultura. Vamos a tener que guiar nuestra conducta no por el deseo, sino con un ojo estratégico puesto en el futuro; y valoraremos los actos en la medida en que nos reporten dinero o buena opinión; en una palabra, en la medida en que

nos proporcionen Ganancias. Debemos ser lo que se llama respetables y no ofender a nadie con nuestro comportamiento; no será conveniente sobresalir –quién sabe, ¿ni siquiera en virtud?, exclama el padre cristiano. Y debemos ser lo que se llama prudentes y conseguir dinero; no sólo porque es agradable tenerlo, sino también porque es parte de la respetabilidad, y no podemos esperar ser recibidos en sociedad sin unas posesiones decentes. ¡Recibidos en sociedad! ¡Cómo si eso fuera el reino de los cielos! Ahí tenemos al querido señor Tal y Cual; mi-radle, tan respetado, tan admirado, ¡el mercader cristiano de pies a cabeza! Y debemos cortar nuestra conducta, tan estrictamente como nos sea posible, según el patrón del señor Tal y Cual; y dedicar nuestra vida entera a hacer dinero y a ser rigurosamente decentes. A parte de estos sagrados mandatos que forman con mucho la mayor parte de la educación de un joven en nuestras casas cristianas, hay por lo menos otras dos doctrinas. Tenemos que vivir ahora tan bien como podamos, pero colarnos en el cielo en el último momento, donde seremos buenos. Andaremos dando innobles trompicones toda la semana, pero para que nos salgan las cuentas, viviremos una vida diferente el domingo.

El curso de pensamientos que hemos estado siguiendo nos da una clave para todas estas posturas, sin que nos echemos a un lado para excusarlas en razón de su propio peso. Porque nos hemos desesperado cincuenta veces por las tormentas del cuerpo, y cincuenta veces hemos sido lacerados por impulsos contrarios, enseñamos a la gente este proceder táctico e indirecto para la vida, así como a juzgar por los resultados remotos y no por el aspecto inmediato de las cosas. El deseo mismo de actuar como nuestras propias almas quisieran, junto a una patética desconfianza en nosotros mismos, nos

mueve a seguir el ejemplo de los demás; tal vez, ¿quién sabe?, puedan estar en la senda justa; y cuanto más numerosas nuestras filas, mejor parecerá nuestra elección; incluso, si estamos actuando en concierto con una entera nación civilizada, hay seguramente una mayoría de posibilidades de que estemos actuando bien. Y de nuevo, qué cierto es que en este tortuoso ámbito nunca podemos actuar como nos gustaría y sólo podemos aspirar a otras circunstancias diferentes y más favorables, para sobresalir y ser completa y justamente nosotros mismos. Y una vez más aún, si en el apresuramiento y presión de asuntos y pasiones tiendes a descuidarte y quedarte dormido, aquí tienes veinticuatro horas del domingo dispuestas para que consultes con tu alma y consideres las posibilidades ofrecidas por la vida.

Esto no es, por supuesto, todo lo que se ha de decir o, más aún, debería ser dicho, sobre estas doctrinas. A lo largo de este capítulo, el lector y yo únicamente nos hemos puesto de acuerdo sobre algunas palabras clave y hemos estado considerando la moral bajo cierto sistema; fue una pena perder la oportunidad de probar las palabras clave y ver si, con este sistema así como con otros, las doctrinas en uso podían mostrar alguna probable justificación. Si las doctrinas hubiesen salido muy mal paradas del juicio, el sistema habría sido condenado. Nuestra visión del mundo es muy estrecha; la mente, un mero instrumento prosaico; nada nuevo hay bajo el sol, como Salomón dice, excepto el hombre mismo; y aunque eso altera el aspecto de todo lo demás, aún así él ve las mismas cosas que los demás, pero desde un ángulo distinto.

Y ahora, habiendo admitido esto, volvamos a la crítica.

Si enseñáis a un hombre a mantener sus ojos sobre lo que otros piensan de él, a conducirse en la vida irreflexivamente, guiándose por los principios de la mayoría de sus contemporáneos, deberéis desacreditar ante sus ojos la voz digna de crédito de su propia alma. Puede ser un ciudadano dócil; nunca será un hombre. Lo nuestro es, por el contrario, ignorar esta cháchara y parloteo de otros hombres mejores y peores que nosotros, y caminar rectamente hacia delante con la luz que poseemos. Pueden ser justos; pero también, ante el cielo, podemos serlo nosotros. Pueden saber, pero nosotros también sabemos, y con ese conocimiento debemos mantenernos o caer. Hay una cosa que es lealtad a la mejor parte de un hombre, y de los que carecen de ella, Dios me valga, ¿cómo voy a extraer lealtad hacia los demás? Los más lentos, los más imbéciles, en cierto momento cambian, en cierto momento dejan de atender a explicaciones y permanecen valientemente al lado de su propio sentido de la justicia, mudo, por encima de razones. No sólo a manos del acero o del fuego, sino también por el desprecio y la culpa, atiende el mártir la llamada de su alma amada. Alégrate si no te prueban con tales metales. Pero aunque el mundo entero se alineara ante ti para decirte “Esto está mal”, sé tu propio vasa-llo fiel y el embajador de Dios, arroja tu guante y contesta “Esto es justo”. ¿Piensas que sólo estás hablando por ti mismo? Quizá, de alguna forma oscura, como un niño que pronuncia un mensaje no completamente entendido, estés abriendo las puertas del prejuicio y preparando a la humanidad para una comprensión de la verdad más espiritual y fidedigna; tal vez, al dar un paso al frente y hacer valer tu propio juicio, estés protegiendo con tu cuerpo a mil necesitados; tal vez, con sólo esta declaración, hayas librado de la culpa de falso testimonio a la humanidad y los pequeños que aún no han nacido. Es bueno, creo, ser res-

petable, pero es mucho más noble respetarse a uno mismo y dar voz a la voz de Dios. Dios, si lo hay, habla día a día un nuevo lenguaje en las lenguas de los hombres; los pensamientos y hábitos de cada nueva generación y cada espíritu nuevamente acuñado arrojan una luz más sobre el universo y contienen otro comentario sobre las Biblias impresas; cada duda, cada desacuerdo sincero, cada vislumbre de algo nuevo, es una letra del alfabeto de Dios; y aunque una grave responsabilidad pesa sobre todos los que se manifiestan, ¿no hay ninguna sobre los que inmoralmente guardan silencio y se conforman? ¿No es eso ocultar y disfrazar el consejo de Dios? ¿Y qué pensaremos del hombre de ciencia que suprime todos los hechos que no concuerdan con la ortodoxia del momento?

¿Equivocado? Tú estás tan inevitablemente equivocado como el sol que se alzó esta mañana en torno a la pendiente giratoria del mundo. No en la verdad, sino en la veracidad, se halla el bien de tu empresa. Porque, ¿cuándo aceptarán los hombres ese requisito y primera parte de la verdad: que, debido al orden de las cosas, debido a la grandeza del universo, a la oscuridad y parcialidad de la experiencia humana, al inviolado secreto de Dios, a salvo en sus más abiertas revelaciones, cada hombre está equivocado y lo seguirá estando hasta el final de los tiempos? Equivocado ante el universo, ciego ante la humanidad y ante Dios. Pero en otro sentido, en uno más evidente y cercano, cada hombre entre los hombres que anhela sin doblez, tiene razón. Tiene razón ante sí mismo y en la medida de su sagacidad y candor. Dejad que se conduzca con toda sinceridad y celo, sin conceder un pensamiento a las opiniones contrarias; por lo que vale, dejad que lo proclame. No tengáis miedo; aunque esté equivocado, también lo está el



glotón Dagon <sup>5</sup> al que insulta. Porque la voz de Dios cualquiera que sea, no es esa farfulladora tradición inepta que la gente mantiene. Estas verdades sobreviven con burdo engaño, encenagadas en un mundo de ceguera espiritual y confusión; y lo que unos pocos comprenden y guardan fielmente, la mayoría repite, degrada y malinterpreta en su jerga muerta.

Hasta aquí en cuanto a la Respetabilidad; lo que los Covenanters <sup>6</sup> solían llamar “acuerdo según el rango”: la protección más inútil y la mordaza más mortal que se le pueden poner a un hombre. Y ahora hablemos de las Ganancias. Esta doctrina es quizá aún más alarmante porque daña a todo tipo de hombres; no sólo a los he-roicos y los que confían en sí mismos, sino también a los obedien-tes escuadrones vacunos. Un hombre con esta guía ausculta las consecuencias de la segunda, tercera, y hasta la quincuagésima transacción. Elige su fin y hacia él, con astutas mañas y a través de un gran mar de oscuridad conduce su nave letal. Puede que haya sabiduría estratégica en tal comportamiento, pero estoy convencido de que no comporta ningún celo moral relevante. Mirar así, aviesamente, sobre la vida es la receta justa para la dejadez moral. Nuestra intención y anhelo deberían dirigirse, no hacia algún insensible fin monetario o a recabar aplauso, que tal vez puedan alcanzarnos de rebote dentro de un mes, de un año, o de veinte, sino al acto mismo; no hacia la aprobación de los otros, sino a la justicia de ese acto. A cada instante, a cada paso en la vida, hay que tomar una decisión, nuestra alma ha de ser salvada y hemos de ganar o perder el cielo. Nuestro espíritu debe aprobar cada uno de nuestros pasos, a cada paso debemos pisar con firmeza y hacer sonar nuestras trompetas. “He hecho esto”, debemos decir; “bien o mal, esto es lo que he hecho, con sincera lealtad de propósito, ante mí

ROBERT LOUIS STEVENSON

mismo y ante Dios". El beneficio de toda acción, debería ser éste, que hacerla fue justo. Cualquier otra ganancia distinta a ésta, incluso si un reino o la mujer que amo se vieran implicados, debería, si fuera un soldado digno de Dios, dejarme indiferente.

La señal de lo que llamamos una decisión justa es que es realizada con sinceridad y por sí misma. El hombre entero, mente y cuerpo en concordancia, tiránicamente dicta la conducta a seguir. Hay dos posturas eternamente opuestas: aquélla en la que reconocemos que una cosa es injusta y otra justa, y aquélla en la que, no apreciando ninguna clara distinción, recurrimos a la consideración de las consecuencias. La verdad es que, con el alcance de nuestra enseñanza actual, nada es tenido por muy malo o por muy bueno, excepto unas pocas acciones que tienen la desventaja de ser indignas cuando son descubiertas; los hombres más circunspectos inclinándose a pensar que todas las cosas son "bastante injustas", los más joviales inclinados a suponer que son "lo suficientemente justas para propósitos prácticos". Apuesto mi cabeza a que no han encontrado ese punto de vista en sus propios corazones; lo han extraído de una oscura desesperación; son tan sólo turbados durmientes que hablan en su sueño. El alma, o mi alma al menos, piensa muy distintamente sobre muchos matices de la justicia y la injusticia, y a menudo difiere de plano con lo que es tenido por el pensamiento de la humanidad en su conjunto, ya sea en el código de la sociedad o en el código de la ley. ¿He de pensar que soy un monstruo? Sólo tengo que leer libros, los Evangelios cristianos por ejemplo, para no seguir pensando que lo soy; y en vez de eso pensaré que el común de los mortales está meramente hablando mientras duerme.





Hay un lema, conservado religiosamente, si no me equivoco, incluso en los libros de ejercicios escolares, que dice que hay que buscar el honor, no la fama. No pido otra garantía; hemos de buscar el honor, caminando con nobleza junto a nuestra propia conciencia cada hora del día, y no la fama, la consecuencia, el eco lejano de nuestros pasos. En el caminar, y no en su rumor, es donde está la justicia. Mejor honor no respetado que fama deshonrosa. Mejor honor inútil o a primera vista doloroso que deshonra rigiendo imperios y llenando las bocas de miles. Porque el hombre debe guiarse por lo que ve y dejar el juicio último a Dios que le creó y enseñó según las circunstancias de su vida. No te deshonrarías por dinero, que es al menos tangible; ¿lo harías entonces por una dudosa estimación sobre política o por las teorías de otra persona sobre la moral?

Tan intrincada es la trama de nuestros asuntos, que ningún hombre puede estimar el significado de su propia conducta incluso ante los que le rodean, cuánto menos ante todo el mundo o para las generaciones venideras. Para guiarnos por medio de la regla de consecuencias y la prudencia capaz de percibir lo lejano, necesitaríamos no a un hombre, sino a Dios. Todo lo que conocemos para guiarnos en este cambiante laberinto es nuestra alma con su fiable dibujo de rectitud, y unos pocos, viejos preceptos que en ese modelo ponen su confianza. Los preceptos son vagos cuando intentamos aplicarlos; las consecuencias, más enmarañadas que un cabo de cuerda, y su confusión incansablemente en movimiento. Debemos atenernos a lo que sabemos y guiarnos por ello. Hemos de aconsejarnos de la fe, a buen seguro, y no del conocimiento.

No amas a alguien porque sea rico o sabio o eminentemente respetable: le amas porque le amas; eso es amor, y cualquier otra cosa, sólo burla y muecas. Debería ser también así con todos nuestros actos. Si tuviéramos que imaginar un hombre perfecto, habría de ser uno que nunca hubiese sido desgarrado por impulsos contrarios y que, con el consentimiento de todos sus elementos y facultades, se sometiese en cada acto de su vida a dictados impartidos por sí mismo, tan absolutos y no necesitados de razón como el que le lleva a ofrecer su amor a una mujer y a serle fiel hasta la muerte. Pero no nos lo imaginamos sagaz, ascético, o haciendo rivalizar sus apetitos, revoloteando entre la respetable inmoralidad pública en vez de atacándola directamente, o avanzando hacia su fin sorteando mil siniestros pactos y lleno de cavilaciones. Este hombre podrá ser astuto, avisado, hábil, podrá ser respetable, podrá ser gloriosamente útil, mas es el otro el que será bueno.

El alma reclama honor, no fama; anhela ser noble, no tener éxito; ser buena, no próspera; desea ser respetable esencialmente, no externamente. ¿Pide tu alma ganancia? ¿Pide dinero? ¿Pide la aprobación del rebaño indiferente? Yo creo que no. Por mi parte, necesito poco dinero, espero; y no deseo ser respetable en absoluto, sino bueno.

## CAPÍTULO IV

Hemos hablado de esa suprema inspiración que varía de hora en hora en sus dictados con el fluir de acontecimientos y circunstancias. Para nosotros eso es definitivo. Puede estar fundado en algún proceso razonable, pero no es un proceso que podamos seguir o comprender. Y más aún, la inspiración no es continua, o no lo es excepto en naturalezas muy despiertas y que saben vivir bien; y entre tanto debemos caminar con cuidado sin ella. La práctica es un negocio más peligroso e intrincado que la especulación más abstrusa; la vida es un asunto de tropas a caballo, donde el juicio rápido y la acción resuelta son las únicas posibles y correctas. De hecho, no hay nadie tan noble que no esté influenciado por las pa-labras del mundo; y nadie tan arrojado que no requiera considerar las consecuencias y vigilar las ganancias. Porque el alma acoge todos los afectos y apetitos sin excepción, y únicamente desea conjugarlos para algún propósito común que interese a todos. El respeto por la opinión de los otros, el estudio de las consecuencias y el deseo de poder y de comodidades son todos ellos factores innegables de la naturaleza humana; y más innegables cuando encontramos que, en nuestros principios actuales, se han tragado a todos los demás y se piensa que reúnen en sí mismos todas las partes nobles del hombre. Así pues, no es de extrañar que afecten a la conducta en el terreno práctico, mucho o poco, de acuerdo a si se hallan poderosa o débilmente presentes en la mente de cada cual.

La visión que un hombre tiene del universo es principalmente la visión de la sociedad civilizada en la que vive. Otros

ROBERT LOUIS STEVENSON

hombres y mujeres son tan rotunda e íntimamente palpables a su percepción, que se interponen entre él y todo lo demás; a sus ojos, son más grandes que el sol, les oye más claramente que al trueno, con ellos, por ellos y para ellos, ha de vivir y morir. Por eso, las leyes que atañen a su relación con su prójimo, aunque sean meramente rutinarias y criaturas de una sola generación, están más evidente y continuamente ante él que las que le enlazan al sistema eterno de las cosas, le apoyan en su honesto caminar sobre esta bola que gira, o mantienen la llama de su vida física. Y así, es el dinero lo que primero destaca en el conjunto de sus reflexiones y lo que tan poderosamente afecta a sus decisiones. Porque nuestra sociedad está construida con dinero como argamasa; el dinero está presente en cada momento de cualquier circunstancia; se le podría llamar la atmósfera social, porque, en sociedad, sólo por él los hombres continúan viviendo, y únicamente a través de él o de la suerte se influyen o se ponen en contacto unos con otros. El dinero nos da comida, refugio e intimidad; nos permite ir limpios, nos abre las puertas del teatro, nos consigue libros para el estudio o el placer, nos ayuda a aliviar las necesidades de los otros, y nos sitúa por encima de la necesidad para que podamos elegir lo mejor de la vida. Si amamos, nos permite reunirnos y vivir con la persona amada, o incluso prolongar su salud y su vida; si tenemos dudas, nos da la oportunidad de ser honestos; si tenemos brillantes proyectos, aquí está lo que facilitará el camino hacia su cumplimiento. La penuria es la peor esclavitud y pronto conduce a la muerte.

Mas el dinero es sólo un medio; se necesita un hombre para usar-lo. El hombre rico puede ir donde guste, pero tal vez no halle contento en ningún lugar. Puede comprar una biblioteca o recorrer el mundo entero, pero quizá no tenga paciencia



para leer ni inteligencia para ver. La mesa puede estar repleta y faltar el apetito; la cartera puede estar llena y el corazón vacío. Puede haber ganado el mundo y haberse perdido; y con toda su fortuna a su alrededor, en una gran casa con tierras amplias y hermosas, puede tener una vida tan despojada como la de un andrajoso peón caminero. Sin apetito, sin aspiraciones, carente de sensibilidad, sin un deseo o esperanza, ahí, en su gran mansión se sienta y se mira los dedos. Tal vez sea un destino más afortunado tener un gusto por coleccionar conchas que nacer millonario. Aunque no haya que despreciar ninguna, siempre es mejor política aprender a desarrollar una afición que conseguir mil libras; pues el dinero pronto se habrá gastado, o quizás no sientas alegría alguna en gastarlo; pero tu afición permanece intacta y se renueva siempre. Llegar a ser botánico, geólogo, filósofo social, anticuario o artista, supone aumentar las posesiones personales en el universo en un grado incalculablemente superior, y gracias a una propiedad mucho más segura, que comprar una finca de muchos acres. Tenías tal vez dos mil libras al año antes de esa operación; tras ella quizás recaudes dos mil quinientas. Eso representa tu ganancia, en este caso. Mas en el otro, has rasgado un velo que ocultaba sentido y belleza. El ciego ha aprendido a ver. El prisionero ha abierto una ventana en su celda y contempla ahora lugares encantadores; nunca será otra vez el prisionero que fue; puede ver las nubes y las flotantes estaciones, barcos en el río, viajeros en el camino y las estrellas en la noche; ¡feliz prisionero, sus ojos han roto la cárcel! Y el que ha aprendido a amar un arte o una ciencia, sabiamente ha atesorado riquezas anticipándose a posibles días de abundancia; si la prosperidad llega, no entrará pobre en su herencia; no dormitará olvidándose a sí mismo al amparo del dinero, ni pasará sus horas contando vanos tesoros, sino que se levantará y se

pondrá a la labor; poseerá el verdadero poder de la alquimia, que no es el de Midas, sino el que convierte el dinero muerto en satisfacción y alegría viva. ÊTRE ET PAS AVOIR –ser, no tener– ése es el problema de la vida. Para ser rico, una naturaleza rica es el primer requisito y el dinero sólo el segundo. Tener un temple saludable y despierto, tener una noble curiosidad, ser rico en admiración y libre de envidia, alegrarse de corazón con el bien de los otros, amar con tal generosidad de alma que tu amor sea aún una posesión querida incluso en la desconsideración y en la ausencia –éstos son los dones de la fortuna que el dinero no puede comprar y sin los cuales el dinero nada puede conseguir. Pues, ¿qué puede poseer un hombre o de qué puede gozar, sino de sí mismo? Si engrandece su naturaleza, engrandecerá sus dominios. Si su alma es feliz y valiente, disfrutará del universo como si fuera su parque y su jardín.

Mas el dinero no sólo ha de ser gastado; también ha de ser ganado. No es una mera conveniencia o necesidad de la vida social; es la moneda con la que la sociedad retribuye sus honorarios al hombre individual. Y desde este ángulo, la cuestión del dinero tiene una aplicación y alcance muy distintos. Porque ningún hombre puede ser honesto sin trabajar. Servicio por servicio. Si el propietario compra cereal, y el agricultor ara y recoge, y el panadero suda en su ardiente panadería, es evidente que tú que comes debes hacer algo a tu vez. No es suficiente con que te quites el sombrero, o con que des gracias a Dios de rodillas por la admirable fábrica de la sociedad y tu agradable situación en una de sus plantas mejores y más decorativas. Tampoco es suficiente comprar la barra de pan con seis peniques, pues entonces te estás evadiendo del tema; y primero tienes que haber conseguido los seis peniques.

Servicio por servicio: ¿cómo has adquirido tus seis peniques? Un hombre de espíritu desea certeza en un asunto así; debe cuidar de que haya alguna reciprocidad entre él y los demás, debe atender al pago del servicio que se le ha prestado, privarse de coger la parte del león en la ganancia si ha estado trabajando como un zángano, y no ser un socio dormilón, mero íncubo costoso, en la gran empresa de la humanidad.

Los servicios difieren tan ampliamente según los diversos dones, y algunos son tan inapreciables a comprobaciones externas, que éste no sólo es un asunto para la conciencia personal, sino que debe ser considerado confiada e indulgentemente. Pues recuerda cuántos sirven a la humanidad con sólo meditar; y cuántos son preciosos a sus amigos únicamente por su alegre y dulce carácter. Para llevar a cabo la función de un hombre de letras no es necesario escribir; incluso es tal vez mejor ser un libro vivo. Siempre que amamos servimos; siempre que somos amados por los demás casi diría que somos indispensables; y ningún hombre es inútil si tiene un amigo. Los servicios verdaderos de la vida no se pueden estimar con dinero y no son pagados nunca. Las palabras amables y las caricias, los pensamientos nobles y sabios, las empresas humanitarias, la ternura con los débiles y los que sufren, y toda la generosidad de la conducta del hombre, no se pueden comprar ni vender.

Pero el criterio más a mano y apreciado, si no el más justo, sobre los servicios de un hombre es el salario que la humanidad le paga o, brevemente, lo que gana. San Pablo tiene completo y libre derecho a sus ganancias como fabricante de tiendas de campaña, y Sócrates tiene completo y libre derecho a ser retribuido como escultor, aunque la verdadera ocupa-

ción de cada uno no sólo era algo diferente, sino algo que quedó sin pagar. Un hombre no puede olvidar que no está bajo la supervisión de otro y que sirve a la humanidad en libertad bajo palabra. Le gustaría responder si su propia conciencia le desafiara: "He hecho tanto trabajo, y no menos, con mi propia mente y mis propias manos, y he obtenido tanto, y no más, para mi propio placer personal". Y aunque San Pablo, de haber contado con una fortuna privada, hubiese probablemente desdeñado malgastar su tiempo haciendo tiendas, no obstante, de todos los sacrificios a la opinión pública ninguno puede ser más fácilmente perdonado que aquél por el que un hombre, ya espiritualmente útil al mundo, restringe el campo de su utilidad principal para realizar servicios más evidentes y posee un medio de vida que ni la estupidez ni la malicia podrían cuestionar. Como todos los sacrificios a la opinión pública y a la mera decencia externa, éste también estaría mal; pues el alma debería estar satisfecha con su propia aprobación y seguir firmemente su vocación interior. Mas, tan importante y delicada es la cuestión, que un hombre puede muy bien dudar antes de decidir por sí mismo; puede temer otorgar una valoración demasiado alta a su íntimo empeño en la consecución del bien; puede que haga bien en condescender a una tarea más humilde, donde sean otros los que juzguen su servicio y calibren su salario.

Y, sin embargo, los hombres de fortuna nacen justo con esta responsabilidad. No pueden hacer que ningún otro cargue con esa obligación; son sus propios pagadores en libertad condicional; y deben concederse salarios justos y no más. Porque me imagino que en el curso de los tiempos y a través de los avatares de reformas, invasiones y guerras civiles, la humanidad perseguía algún proyecto más amplio y diferente

que el de colocar a uno o dos ingleses del siglo diecinueve más allá del alcance de la necesidad y el deber. La sociedad no fue ensamblada y defendida con tanta sangre y elocuencia para la comodidad de dos o tres millonarios y unos pocos cientos más de personas de fortuna y buena posición. Es evidente que si la humanidad actuó así y sufrió durante todas estas generaciones, esperaba algún beneficio, algún alivio, algún bienestar, para sí misma y sus descendientes; que si apoyó la ley y el orden, era para asegurar juego limpio para todos; que si se negó a sí misma en el presente, era porque tenía algún proyecto para el futuro. Ahora bien, una gran fortuna heredada es un milagro de la sabiduría del hombre y de la paciencia de la humanidad; no sólo ha sido amasada y legada, se ha sufrido para reunirla y legarla; y ciertamente en esta reflexión, su propietario debería encontrar un nuevo estímulo para la actividad y el honor, de manera que con todo este potencial de servicio a su disposición no resulte ser un inútil y este gran tesoro redunde en beneficio de la especie. Si tuviera veinte o treinta o cien mil libras en su banco o si todo Yorkshire o California fuesen suyos para dirigir o vender, aún sería moralmente un mendigo y tendría que hacer como Whittington <sup>7</sup> hasta que encontrase alguna forma de servir a sus semejantes. Su salario está físicamente en su propia mano; pero, en puridad, aún tiene que ganárselo. Sólo es administrador en libertad condicional de lo que hemos dado en llamar su patrimonio. Debe dirigirlo con honor. Debe estimar sus propios servicios y concederse un salario proporcionado, pues ésa es una de sus funciones. Y mientras entonces es libre para gastar esos honorarios, grandes o pequeños, en sus propios placeres personales, guarda y administra, bajo confianza, el resto de su fortuna en favor de la humanidad; no es suya, porque no la ha ganado él; no puede ser suya porque sus ser-

ROBERT LOUIS STEVENSON

vicios ya han sido pagados; pero año tras año tiene que distribuirla, bien para ayudar a aquéllos cuyos privilegios de nacimiento y educación han sido anulados en favor de los suyos, o bien para mejorar las instituciones y las obras públicas.

Si esto es verdad, sin mayor inspiración, parece apenas posible ser a la vez rico y honesto; y el millonario se halla bajo una tentación para robar más continua que el trabajador que obtiene su chelín a diario a cambio de indignos esfuerzos. ¿Os sorprende? Pero es así. Y lo repetís cada domingo en vuestras iglesias. “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios”. He oído éste y otros textos similares ingeniosamente explicados y barridos del sendero del aspirante a cristiano por el tierno párroco de gran corazón. Un excelente clérigo nos dijo que “el ojo de una aguja” se refería a una baja puerta en Oriente a través de la cual los camellos no podían pasar a menos que se les librase de su carga –lo cual es muy probablemente cierto; y luego continuaba, viento en popa, confundiendo “el reino de Dios” con el cielo, el futuro paraíso, para mostrar que por supuesto ningún hombre rico podía esperar llevarse sus riquezas más allá de la tumba –lo cual, por supuesto, nunca pudo y nunca hizo. Varios ambiciosos pecadores de la congregación se embobieron de la comfortable doctrina con alivio. Había valido la pena venir a la iglesia esa mañana de domingo. Todo era sencillo. La Biblia, como de costumbre, no tenía nada de particular; era solamente un oscuro y metafórico librito escolar y un hombre con ser sólo respetable, ya era un hombre de Dios.

Ah, me temo que no. Y aunque este asunto de los servicios de un hombre atañe a su propia conciencia, hay algunos casos

en los que es difícil evitar que la mente juzgue. Así que me convencerán muy fácilmente de que un hombre se ha ganado su pan de cada día; y si tiene un amigo o dos para los que su compañía es una alegría del corazón, estoy más que convencido de inmediato. Pero será muy difícil persuadirme de que alguien se ha ganado un sueldo de cien mil libras. Lo que significa para sus amigos, lo seguirá significando aunque se quedara sin blanca mañana; porque en lo que respecta a los cortesanos del lujo y el poder ni los considero amigos, ni los considero en absoluto. Lo que hace por la humanidad hay, con toda probabilidad, cientos capaces de hacerlo igual, tan eficazmente en beneficio de todos como placenteramente en favor propio, y a cambio de una ínfima fracción de este sueldo escandaloso. Por qué, pues, se paga me resulta imposible de entender, y como se lo paga a sí mismo, con fondos que le corresponde a él custodiar, albergo cierto retraimiento a considerarle honesto.

Por lo menos, hemos ganado un punto muy claro: que “Lo que un hombre gasta en sí mismo, tiene que habérselo ganado con sus servicios a la humanidad”. De ahí dimana un principio para el comienzo de la vida, que es un poco diferente al que se enseña en nuestros días. Me estoy dirigiendo a las clases media y alta; a los que han sido ya educados y preparados para la vida con cierto esmero; a los que tienen alguna oportunidad ante sí y pueden escoger una profesión; y sobre todo, a los que se llama independientes y no necesitan hacer nada excepto si el honor o la ambición les espolea. Sobre este particular, los pobres son felices; entre ellos, cuando un muchacho se hace mayor, debe tomar el trabajo que se le ofrezca y puede tomarlo con la conciencia limpia. Pero en las clases más afortunadas la cuestión se complica por la abun-

dancia de oportunidades y una variedad de consideraciones. Aquí pues, este principio nuestro nos servirá de ayuda. En este caso, un joven ha de buscar, no un camino hacia la prosperidad, sino una ocasión para servir; no dinero, sino trabajo honesto. Si tiene alguna inclinación poderosa, alguna vocación natural, algún interés preponderante en algún campo especial de la industria, la investigación o el arte, hará bien en seguir ese impulso; y ello por dos razones: la primera externa, porque ahí rendirá los mejores servicios; la segunda personal, porque a una demanda de su propia naturaleza no puede decir que no, siempre que pueda ser satisfecha con el consentimiento de sus otras facultades y deseos. Si no posee tal gusto electivo, por el mismo principio por el que elige cualquier fin en absoluto, deberá elegir el más honesto y útil, y no el mejor remunerado. Tenemos aquí un problema externo, no proveniente de nosotros o para nosotros mismos, sino surgiendo del entramado de la sociedad; y tenemos nuestra propia alma con su modelo fidedigno de justicia. Todo lo que se puede hacer es presentar la cuestión en sus justos términos y dejarla en manos de cada particular. El problema para el pobre es de necesidad: para ganar con qué vivir, ha de encontrar trabajo remunerado. Pero el problema para el rico es de honor: teniendo medios, ha de encontrar trabajo útil. Los dos tienen que ganarse su pan de cada día: uno, porque aún no lo tiene; el otro, que ya ha comido, porque aún tiene que ganárselo.

Por supuesto, lo que es verdad para el pan, es verdad para los lujos y las comodidades, ya sean del cuerpo o de la mente. Pero la reflexión sobre los lujos nos lleva a un nuevo aspecto de la cuestión y a una segunda proposición no menos cierta, y quizá no menos alarmante, que la última.



Actualmente, nosotros, los de las clases más favorecidas, nos encontramos en un estado de exceso y desgracia tras saciarnos. La abundancia nos ha llenado de indiferencia; y estamos cubiertos de la cabeza a los pies con la insensibilidad de la opulencia rutinaria. Nacidos, como se dice, con cierto rango vivimos pues con ese color. Como nuestros padres malgastaron, nosotros sin alegría malgastamos también. Comemos de lo mejor, no por delicadeza, sino por hábito desvergonzado. No disfrutamos con ilusión ni deseamos intensamente la presencia de un lujo; estamos desacostumbrados a su ausencia. Y no sólo derrochamos dinero por hábito, sino que todavía más lamentablemente lo derrochamos con ostentación. No concibo mayor triste infortunio para alguien que se guía por la razón o el placer, que gastar la más mínima fracción de sus ganancias en algo que no desea; y mantener un carruaje en el que no quieres pasear o un mayordomo al que temes es una patética clase de locura. El dinero, siendo un medio para la felicidad, debería hacer dichosas a ambas partes al cambiar de mano; bien administrado, debería ser dos veces bendecido en su empleo; y, por cada libra, el comprador y el vendedor deberían cada uno tener sus veinte chelines de ganancia. Benjamin Franklin anduvo una vez muy preocupado porque en cierta ocasión pagó mucho por un silbato de a penique. Mi preocupación nace usualmente de una fuente más honda, por ejemplo, de haber comprado un silbato cuando no quería ninguno. Pienso que lamento esto, o lo lamentaría si encontrara la ocasión, no sólo por razones personales sino también por consideraciones morales o filantrópicas. Porque, en primer lugar, en un mundo en el que falta dinero para comprar libros a estudiantes aplicados y comida y medicinas a niños que sufren, y donde una gran mayoría ha de

pasarse irremediablemente sin sus más urgentes necesidades, es sin duda bajo, estúpido y cruel malgastar dinero si no me empuja ningún anhelo y no disfruto ninguna sincera satisfacción. Mi filantropía tiene el suficiente alcance como para incluirme a mí mismo; y cuando me he quedado satisfecho, tengo al menos el buen argumento de que he actuado bien; pero cuando no es así, y he comprado y no he disfrutado, mi boca se cierra y creo que he robado a los pobres. Y en segundo lugar, cualquier cosa que compro o uso sin desearla verdaderamente y no puedo alegremente disfrutarla, quiebra el equilibrio de la oferta y la demanda y contribuye a alejar a manos industriosas de la producción de lo que es útil o placentero, manteniéndolas ocupadas en cuerdas de arena y bagatelas que son una carga para el ser. Esa extravagancia es realmente pecaminosa y constituye además un pecado muy tonto con el que empobrecemos a la humanidad y a nosotros mismos. Es otra cuestión para el corazón de cada hombre. Él sabe si puede gozar de lo que compra y utiliza; si no puede, es el perro del hortelano; más aún, si no puede, sostengo que es un ladrón, pues nada pertenece realmente a un hombre si no puede usarlo. El propietario está ligado a la propiedad, y ésta es sólo del hombre que es digno de sus aptitudes y deseos.

Un joven, al elegir una profesión, no se debe alarmar por la pobreza. La necesidad es un asunto serio, pero la pobreza no implica carencia. Queda por verse si con la mitad de sus presentes ingresos, o con un tercio, no puede, en el sentido más amplio, vivir tan completamente como ahora. Es un tonto quien se opone al lujo, pero también lo es quien no protesta contra el despilfarro del lujo en aquéllos que ni lo desean ni lo disfrutan. Queda por verse, por cada hombre que desea vivir una vida verdadera y no una mera falacia ante la sociedad,

cuántos lujos realmente necesita y a cuántos se pliega únicamente por conveniencia social; de todos estos últimos tendrá que prescindir inmediatamente. Al hacerlo, se sorprenderá al descubrir qué poco dinero hace falta para mantenerle completamente satisfecho y gozando de la actividad de su mente y sus sentidos. La vida, en cualquiera de sus niveles, entre las clases acomodadas es concebida como un principio de rivalidad, donde cada hombre y cada casa deben copiar los gustos y emular las exhibiciones de los demás. Uno es exquisito con la comida, otro con el vino, un tercero con los muebles o las obras de arte o el vestido; y a mí, que no tengo ningún interés por estos refinamientos, que soy acaso una simple criatura atlética y amo el ejercicio, la carne de vaca y la cerveza, las camisas de franela y una cama de campaña, querrían hacerme asimilar todos estos otros gustos y que hiciera de estas ajenas ocasiones de gasto las mías. Puede sonar cínico: seguro que dirán que soy un egoísta; pero gastaré mi dinero como guste y para mi propia e íntima gratificación personal, y me tendría a mí mismo por un memo si gastara ni la sombra de medio penique en cualquier caprichosa obligación o conveniencia social. No llevaré guantes a menos que tenga las manos frías o haya nacido con un gusto por ellos. Mi forma de vestir es asunto mío y el de otra persona en el mundo: en realidad y por una razón obvia, el de aque-lla mujer que pueda llegar a enamorarse de mí. Viviré donde me plazca. Si no pido a la sociedad que viva conmigo, deberá guardar silencio; e incluso si lo hago, no tiene mayor derecho que el de rehusar la invitación. Hay una clase de idea generalizada de que un hombre tiene que vivir de acuerdo a su importancia, de que su casa, su mesa y su aseo, han de estar en una proporción de concordancia, así como de obligación para con el mundo. Si esto está en la Biblia, el pasaje en cuestión ha eludido mis pesquisas. Si no

está en la Biblia, no está en ningún lugar salvo en el corazón de un loco. Libérate de esta locura. Ve lo que deseas y gasta en ello; date cuenta de lo que no te interesa y no gastes nada ahí. No hay mucha gente que pueda diferenciar vinos si están por encima de cierto y nada elevado precio. ¿Estás seguro de que eres uno de ellos? ¿Estás seguro de que prefieres puros a seis peniques cada uno antes que fumarte una pipa por dos peras? ¿Estás seguro de que quieres tener una calesa? ¿Te preocupa dónde duermes, o no estás tan cómodo en un alojamiento económico como en una casa de campo isabelina? ¿Gozas con la ropa elegante? No es posible responder a estas preguntas sin una buena consideración; y no hay nada más evidente para mí que el hecho de que, si un hombre no ha sufrido algunas alzas y bajas y no ha tenido que vivir más modestamente que en la casa de su padre, su educación está aún por comenzar. Que haga la prueba y descubrirá para su sorpresa que ha estado comiendo hasta ese momento por encima de su necesidad; que el alojamiento modesto, el tabaco barato, la ropa humilde, la mesa sencilla, no sólo no pueden entumecer su espíritu, sino que tal vez le proporcionan tan intenso placer al usarlas como las delicadezas que le envolvían, entre sueño y despertar, en su antigua sumisión a la riqueza, tan indiferente y sonámbula.

El verdadero Bohemio, una criatura oculta bajo los Bohemios imaginarios de la literatura, es descrito exactamente por ese principio de vida. El Bohemio de novela, que bebe más de lo que le conviene, prefiere cualquier cosa antes que trabajar y lleva ropas extravagantes, es en gran parte un Bohemio convencional, convencional en su deshonor, viviendo de cara al exterior y un oportunista. Pero el hombre al que me refiero vive enteramente para sí, hace lo que desea, y no lo que se

piensa que es apropiado, compra lo que quiere para sí mismo y no lo que se cree conveniente, trabaja en lo que piensa que puede hacer bien y no en lo que le reportaría dinero o favor. Puedes ser el más respetable de los hombres y aún ser un verdadero Bohemio. Y la prueba es ésta: un Bohemio, aun siendo pobre, es siempre generoso con sus amigos; sabe lo que puede hacer con el dinero, y lo que es más raro y útil, sabe cómo arreglárselas sin él; ha tenido menos y ha seguido viviendo moderadamente feliz; de ahí que no le preocupe tanto conservarlo y comparta su soberano o su chelín con un amigo. Los pobres, si son generosos, son Bohemios en virtud de su nacimiento. ¿Sabes a dónde van los mendigos? No a las grandes mansiones donde la gente se sienta amodorrada entre sus millones, sino a las puertas de los humildes que han visto el mundo; y fue la viuda que tan sólo tenía dos monedas la que depositó la mitad de su fortuna en la escudilla del pobre.

Pero un joven que decide ahorrar en vestido o alojamiento, o que de cualquier manera se aparta del nivel de gasto que es común a su capa social, se aparta también de la sociedad. Me imagino al joven que ha elegido su profesión basado en nobles principios; encuentra que su talento e instinto pueden afirmarse mejor en cierta dirección; con determinada labor, está seguro de estar sirviendo a la humanidad con un trabajo saludable y productivo; y no está seguro de que pudiera estar haciendo lo mismo, o igualmente bien, en cualquier otro campo a su alcance. Ése es pues su verdadero ámbito en la vida; no en el que nació de su padre, sino el que es apropiado a sus dotes y aptitudes. Y supongamos que queda fuera de la sociedad, ¿es eso una causa de congoja? ¿Está tu corazón tan muerto que prefieres el reconocimiento de muchos al amor



de unos pocos? ¿Piensas que la sociedad te ama? Ponla a prueba. Rehúsa los gastos materiales y descubrirás que les importas tanto como el Kan de Tartaria. No perderás a ningún amigo. Si tenías alguno, lo conservarás. Sólo los que eran amigos de tu chaleco y equipaje desaparecerán; las caras sonrientes se desvanecerán como por encanto; pero los corazones amables seguirán siendo inquebrantablemente amables. ¿Estás tan perdido, tan insensible, tan poco seguro de tu propia alma y de tu propio asentamiento sobre sólidos hechos, que prefieres antes que la bondad y la dicha las caras de una ristra de pasmarotes que huirán de ti a la menor noticia de ruina, que te abandonarán con insultos a la menor sombra de desgracia, que no te conocen ni les importa conocerte excepto de vista, y a quienes tú, a tu vez, tampoco conoces ni te apetecería conocer de una manera más humana? ¿No es un principio de la sociedad, abiertamente confesado, que la amistad no debe interferir con los negocios; lo cual, parafraseado, significa simplemente que cualquier consideración sobre el dinero se antepone a cualquier reflexión sobre el afecto para esta banda de alimañas que ni siquiera tienen el honor de los ladrones y echarán las garras a sus seres más cercanos y queridos tan tenazmente como a un extraño? Creo que iría tan lejos como la mayoría para ayudar a un amigo; pero declaro abiertamente que no me pondría ni el sombrero para gusto de la sociedad. Puedo privarme de mis apetitos y controlar mi carácter por aquéllos que amo; mas la sociedad habrá de tomarme como he decidido ser o arreglárselas sin mí. Ni ellos ni yo perderemos, pues donde no hay amor, es a un tiempo trabajoso e inútil asociarse.

Mas es obvio que sólo si es justo que un hombre gaste dinero en lo que real y completamente le satisface, el principio

se aplica con igual fuerza a los ricos y a los pobres, al hombre que ha amasado millones así como al joven que comienza precariamente a vivir. Y se podrá preguntar, ¿no es esto la antesala de los avaros, que no son la mejor de las compañías? Pero el principio era éste: aquello que un hombre no ha ganado justamente y, aún más, que no puede enteramente disfrutar, no le pertenece, sino que es parte del tesoro de la humanidad que él detenta como administrador en libertad bajo palabra. Debe ser pues convertido en beneficios para todo el mundo; y cómo ha de realizarse esto es, una vez más, una cuestión que cada hombre debe resolver por sí mismo y sobre la cual nadie tiene derecho a juzgarle. Pero hay unas cuantas consideraciones muy evidentes que podemos reflejar aquí. La humanidad no es un todo abstracto, sino cada uno en particular. Cada hombre o mujer es una de las queridas posesiones de la humanidad; a cada justo cerebro y amable corazón y activas manos, la humanidad confía alguna de sus esperanzas para el futuro; ese hombre o mujer son una posible fuente de buenas acciones y un manantial de bendiciones para todos. Este dinero que tú no necesitas, que, en sentido estricto, no quieres, puede pues no sólo volver a la colectividad en obras de beneficencia, sino también en bondades privadas. Tu esposa, tus hijos, tus amigos, están a tu lado y son los primeros a los que deberías ayudar. Ahí al menos puede haber poca impostura, ya que conoces sus necesidades de primera mano. Y considera que si todo el mundo hiciera como tú y de acuerdo a sus posibilidades, extendiese su ayuda en el círculo de sus afectos, no habría ya más dolorosas carencias en tiempos de abundancia, ni tampoco fría caridad mecánica concedida dubitativamente y recibida con extrañeza. ¿No haría nacer esta simple regla un mundo nuevo lejos del gastado y cruel en que habitamos?